

## Capítulo IV

### *Imposibilidad de conocer al orador parlamentario por los discursos que publican los periódicos y el diario de las sesiones; y más aún por la reseña que de ellos se hace*

En los pueblos que se hallan a distancia del teatro de la acción parlamentaria, se espera con ansia y aun con creciente impaciencia la llegada del correo, siendo lo que más excita la curiosidad general de las sesiones de los cuerpos deliberantes. Cualquiera tardanza alarma los ánimos, y da lugar a mil comentarios y versiones. Llegados que son al fin los anhelados papeles públicos, un lector escogido se apodera de ellos, busca ante todo las sesiones de las cámaras y las lee con voz reposada y solemne, en tanto que todos escuchan en recogido silencio, y *auribus erectis*, como los Hebreos oían la lectura de los libros sagrados. Se cree como punto de fe católica que los discursos de los diputados y senadores están copiados como se pronunciaron, sin faltarles ni sobrarles una letra; y por más que nos duela destruir esta ilusión, tenemos que decir que en esto, como en otras muchas cosas, hay grande parte de farsa, pues que de cada veinte, una sola es verdad, y las diez y nueve son mentira. Pronto se verán los motivos por qué no puede menos de suceder así.

Ante todo la taquigrafía es un medio imperfecto, o mejor diremos, de todo punto insuficiente para seguir la rapidez de un discurso. Siempre creemos con más facilidad lo que más adula a nuestro pobre talento y a nuestro miserable amor propio. Cuando se nos dice que el hombre ha inventado un arte tan veloz como la idea, que se apodera de la palabra en el instante mismo en que el sabio la suelta; que la encadena y representa vaciando en pocas líneas una serie entera de pensamientos, y que no vuelan más éstos que la mano y la pluma que los siguen, esto nos parece admirable y portentoso, y lo creemos desde luego porque lo es, es decir, por lo mismo que debiéramos dudarle. La taquigrafía sin embargo, además de ser un descubrimiento de que no pueden envanecerse los modernos, dista mucho de estas exageradas ventajas. D. F. de Paula Martí, autor de uno de los métodos y que lo ejecutaba con una facilidad sorprendente, llegó a escribir, y creyó que podían escribirse más de ciento treinta palabras por minuto;

recientemente se ha adelantado algo; pero siempre son infinitamente más las voces que la lengua puede pronunciar, que las que la taquigrafía puede escribir en un tiempo dado. Esta podrá seguir a lo más a la palabra lenta, que se arrastra penosamente, a la palabra de una conversación tranquila, sin calor, sin viveza; pero no al discurso animado en que el orador se posee y entusiasmo, al discurso de pasión, de arranque, de transportes, al discurso que corre como las aguas revueltas de un río caudaloso, y que se precipita en los finales con la violencia con que esas mismas aguas se lanzan desde una elevada catarata. Y sin embargo, éste sólo es el discurso; lo demás es una disertación fría, una recitación de escolar que a nadie interesa. La taquigrafía en estos discursos, desde el momento del calor, en que el águila despliega sus anchas alas y se lanza en los espacios, queda muy a distancia de la palabra, que no vuelve a alcanzar; que no es posible que siga ni alcance; porque la una marcha al compás del movimiento de una mano, en tanto que la otra va impelida por el genio que la obliga a seguir todos sus giros: porque es imposible, absolutamente imposible que haya nada que siga a la inspiración, que es instantánea, más veloz que el rayo, la corriente eléctrica que se concibe y no se explica; el soplo de Dios en el alma de un mortal favorecido. Este arte tan ponderado, en las ocasiones de que hablamos, a lo más tomará las ideas principales; pero los giros, las imágenes, que son la saeta que cruza los aires, las bellezas delicadas que a veces consisten en una sola palabra; todo esto quedará muerto y perdido, y después el encargado de traducir, o mejor de adivinar el pensamiento del orador, se hallará con un enorme vacío, con una sombra, o con un esqueleto a quien tenga que poner carnes y ropajes según su gusto, según su capacidad, y lo que es más, según su buen o mal deseo.

De este inconveniente inevitable resulta que los malos discursos ganan en la versión del taquígrafo, porque siquiera los arregla a su manera, y hace más por ellos que lo que hizo su autor; pero los buenos pierden lo mejor que tenían, no conservan ni aun los rasgos de su fisonomía verdadera, porque el arte ha cogido sólo su corteza, su parte material, en tanto que se ha escapado la parte espiritual, la parte evaporable de la imaginación, las bellezas más finas y delicadas, que casi siempre están en un solo rasgo, y a veces en la colocación de una sola palabra. A los discursos, pues, en esta transformación necesaria, les sucede lo que a las mujeres. La que no ha debido a la naturaleza un rostro interesante y formas proporcionadas, gana mucho con los afanes del tocador y con el arte de la modista; pero la que tiene belleza, frescura y lozanía a la vez, la que desde las primeras horas de la mañana se ostenta como la blanca azucena que embalsama los jardines y como el clavel que contrasta con ella por sus colores encendidos, ésta pierde

indudablemente con los adornos que quiera añadir a sus gracias, porque no sirven más que para oscurecerlas o para desfigurarlas.

Sólo hay un medio de evitar en parte tales inconvenientes respecto a los discursos: que los estienda y redacte para la imprenta el mismo que los ha pronunciado, pues en cuanto a las ideas, puede muy fácilmente acudir a los recuerdos de su preparación y a las ligeras notas que llevase a la vista para el debate, y en cuanto a los accidentes, giros y rasgos de inspiración, su impresión aunque transitoria, ha debido ser muy viva, y permanece algún tiempo fija en la memoria, como el sabor que deja en el alma el sueño de felicidad. ¿Mas puede esperarse que sean muchos los oradores a quienes la vida agitada de su posición permita el tiempo necesario para entregarse a esa tarea lenta y enojosa? ¿Da lugar para ello el apremio de la imprenta, que como el Minotauro de la antigüedad, tiene su ración señalada que debe devorar cada día? Y aun cuando así no fuera, ¿cómo insertar a la letra un discurso de empeño y por lo tanto de grande extensión, discurso que ha llenado dos o más sesiones, en los estrechos límites de una o dos columnas de un periódico, que tiene la necesidad de reservar otras muchas para su polémica y para materias de amenidad? Que no se busque, pues, en las sesiones al orador, porque no está allí ni es posible encerrarle en tan estrecha cárcel: que se le busque en la tribuna, que es a la vez su trono y su teatro; fuera de ella no está en parte alguna, como no está la vida en los retratos, la fuerza del atleta en el mármol, ni los matices y el olor, en la rosa que fabrica el arte para copiar la naturaleza.

Queda sólo un medio para comprender al orador, que son las reseñas y calificaciones que de sus discursos hace la prensa periódica; pero mucho chasco se llevará el que se atenga a este dato, porque es el más falible, el más apasionado, y por consiguiente el más equivocado de todos.

Y no debiera ser así, porque los derechos de la verdad son muy sagrados, y primero que hombres de partido, debemos ser hombres de imparcialidad y buena fe. Y sin embargo, sucede lo contrario. Las críticas amargas y los encomios en contrario sentido empiezan para el orador en el momento mismo en que concluye de hablar, y como dice Timon, desde aquel instante en que queda enterrado en su ataúd de papel, dos periódicos se apoderan de su cuerpo y se colocan a sus dos lados como su demonio y su ángel, para pronunciarle, el uno un panegírico, y el otro una sátira. Así vemos que si el periódico que habemos a las manos es del mismo color político que el orador de quien se trata, éste estuvo inimitable, lanzó rayos como otro Júpiter Olímpico, la Asamblea le escuchaba con el más religioso silencio, él paseaba sus miradas de triunfo por sus adversarios que le oían entre el despecho y el asombro; y por último, de todas partes arrancó repetidas veces aquellos

aplausos vivos y espontáneos que el delirio del entusiasmo concede al genio, cuando éste se revela en todo su brillo y en todo su poder. Si por el contrario, el periódico que leemos sigue opiniones políticas opuestas a las del orador, nos dice que éste hizo un discurso pesado, descosido y nauseabundo, que sus argumentos eran débiles, sus formas vulgares y aun chabacanas, que la Asamblea se entregó primero a la risa y después al sueño, que sus correligionarios políticos estaban avergonzados, y que por último, los bancos y las tribunas quedaron desiertos, colmada la medida de la tolerancia y del sufrimiento. ¿Dónde encontrar la verdad en aseveraciones tan contradictorias? ¿Qué juicio podrán formar los crédulos lectores, cuando se les ofrecen retratos de fisonomías tan opuestas? Tales son las reseñas de las sesiones, y tales han sido en todos los tiempos y países de debate parlamentario. Cormenin las inventó en Francia, y expresa su pesar con las más sentidas palabras, por haber introducido una novedad de que tanto se ha abusado, y que ha borrado para el público los lindes que separan la verdad del error.

De lo dicho resulta, que los hombres que no tienen medio de asistir a los debates de una asamblea, no pueden conocer a los oradores como son en sí, como se conoce una fisonomía cuando se le ve reflejada por un espejo, o por las mansas aguas de un estanque cristalino.

Queda con todo otro recurso que es el de la tradición, las noticias que esparcen por todas partes respecto al mérito del orador las personas que tienen frecuente ocasión de oírle y analizarle. ¿Pero es siempre fiel este conducto? ¿Los que escuchan las sesiones son siempre jueces competentes, y sobre todo desapasionados? Muchas veces nos equivocamos porque nuestras prevenciones forman una valla que nos separa del acierto y de la verdad, y no pocas al emitir el juicio leal que a despecho de esta prevención hemos formado, alteramos con desigmo su traducción, porque el interés del partido ahoga la voz de la imparcialidad y de la franqueza. ¿Somos siempre justos con el mérito, y lo que es más todavía, somos siempre justos con las cualidades del corazón de nuestros adversarios, que nada tienen que ver con los dotes del espíritu, y con las prerrogativas del talento? Los partidos se atacan con todo género de armas, y nunca examinan su ley ni su temple, porque su máxima es destruir todo lo que estorba. Hay en todos ellos corazones nobles, espíritus delicados muy superiores a estas miserias que no se asocian a una conducta, que sólo lleva al descrédito. ¿Pero qué vale una sola, sin eco, en medio de la grito de las pasiones agitadas, que ahogan las palabras de imparcialidad y de justicia? Son el murmullo blando del arroyo que se pierde en el estruendo del torrente que se desata cerca de él; son la risa encantada de la noche que arrastra el huracán que se desencadena en

*La Elocuencia Parlamentaria*

aquel instante; son la trémula voz de la púdica doncella que espira entre los rumores de una impía bacanal. Así los errores en cuanto al mérito y reputación de los hombres públicos, nacen y se acarician, y se extienden a despecho de la virtud callada e inerme, que busca en el silencio la única arma que tiene, y en la resignación el solo consuelo que le es permitido. Pero tales son las sociedades, y tales las contingencias que en ellas corre el que una vez lanzado a sus mares, tiene que seguir la marea siempre creciente de los acontecimientos.